

# Carmen Conde y la literatura infantil y juvenil

por Marie-Lise Gazarian Gautier (1)  
Eduardo Soler Fierrez (2)

**“Cuando yo me vaya de aquí,  
¡qué cargada de vida, qué repleta de vida  
me enterrarán!  
Ni siquiera una décima parte de Carmen alienta  
lo que Carmen podría vivir”.**

(C. Conde: *Humanas escrituras*)

Desde Nueva York y Madrid estamos recordando a Carmen Conde, que este 15 de agosto hubiera cumplido los 90 años. Autora de más de setenta libros, ha cultivado todos los géneros y ha ganado varios premios literarios, entre ellos: el Premio Elisenda de Montcada (1953), con su novela *Las oscuras raíces*; el Premio Doncel (1961), con *A la estrella por la cometa*, teatro juvenil; el Premio Nacional de Literatura (1967), con *Obra Poética (1929-1966)*; el Premio Ateneo de Sevilla (1980), con la novela *Soy la madre*, hoy traducida al chino; y el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil (1987), con *Canciones de nana y desvelo*, último de los premios que obtuvo que le hizo especial ilusión, pues en él vio satisfechas sus aspiraciones por conectar con los que se iban incorporando desde las edades más tempranas al mundo de la lectura. Cada uno de sus libros representa un renovarse en poesía y en prosa, con una entrega incondicional y apasionada a la escritura: “La vida es demasiado rica y yo muy enamorada suya para limitarme a percibirla e interpretarla de un solo modo”, afirma en *Ansia de Gracia*.

Casi todas sus obras para la infancia se han vuelto a reeditar en estos últimos años y siguen imprescindibles para iniciar al público infantil en el encanto de la lectura. Hay que señalar entre estos libros, los siguientes títulos: *Don Juan de Austria*, una biografía de este personaje histórico; *Belén*, auto de Navidad en dos actos; la colección de cuentos *El mundo empieza fuera del mundo*; *Una niña oye una voz*, que incluye una narración breve y dos piezas cortas de teatro; *Un conejo soñador rompe con la tradición*, que en la edición de Escuela Española incluye *La Geografía, contada por la abuelita*, *Llanto en el mar*, dedicado a su mar, el Mar Menor y *Las cabritas de Alberto*. Otros títulos para este mismo público son *Cuentos para niños de buena fe*, *El lago y la corza*, *El monje y el pajarillo*, *El conde Sol* y *Doña Centenio, gata salvaje: el libro de su vida*, cuya protagonista fue su propia gata. Su trabajo en la radio le obligó a escribir guiones que son buena muestra del género radiofónico infantil, en Radio Nacional, presentó, por ejemplo, durante seis años, el programa semanal “Revista de literatura para niños”. Poco después de la Guerra Civil española, fue colaboradora de “La Estafeta Literaria”, una revista quincenal de indudable prestigio donde llevaba una sección titulada “Nana, nanita, nana”. Además, a ella se debe la adaptación teatral del cuento *Aladino y la lámpara maravillosa*.

---

## NOTAS

(1) Marie-Lise Gazarian Gautier es catedrática de Literatura Hispánica en St. John's University, Jamaica, Nueva York y es coautora del libro *Carmen Conde, de viva voz*. Ha publicado artículos y dictado conferencias sobre la Primera Académica.

(2) Eduardo Soler Fierrez es escritor e Inspector Central de Educación. Ha escrito artículos sobre Carmen Conde y es miembro del Patronato “Carmen Conde y Antonio Oliver” del Ayuntamiento de Cartagena.

Esta mujer escritora, cuyos versos y prosa poseen una extraordinaria fuerza comunicativa, se sentía, sin embargo, muy sola. No es aventurado decir que su dedicación literaria a niños y jóvenes se debió a dos aspiraciones que no llegó a ver cumplidas y que le persiguieron durante toda su vida: la de madre y maestra. Madre frustrada –nació muerta la hija que con tanto amor e ilusión esperaba–, vierte esa pasión maternal en la enseñanza y en la escritura. Pero la enseñanza tampoco llegó a cuajar pues el gobierno del general Franco no dio por válidas las oposiciones que hicieran en la zona republicana en 1936. La escritura va a representar su único escape. Con estas palabras canta a esa hija, cuyo nombre sólo llegó a pronunciar en silencio sin que le pudiese contestar la voz amada:

“¿Cómo se va a llamar la niña?  
–Porque era, acerté, una niña como yo esperaba–. La niña se llamará María del mar. –¿María del Mar?– Sí, del Mar.

¡María del Mar y de la Muerte se llamó la niña! Porque nació sin vida, tanta como yo creía haberle dado mía.

Como en una barca se fue a bordo de su nombre azul y anchísimo, más allá de mí”.

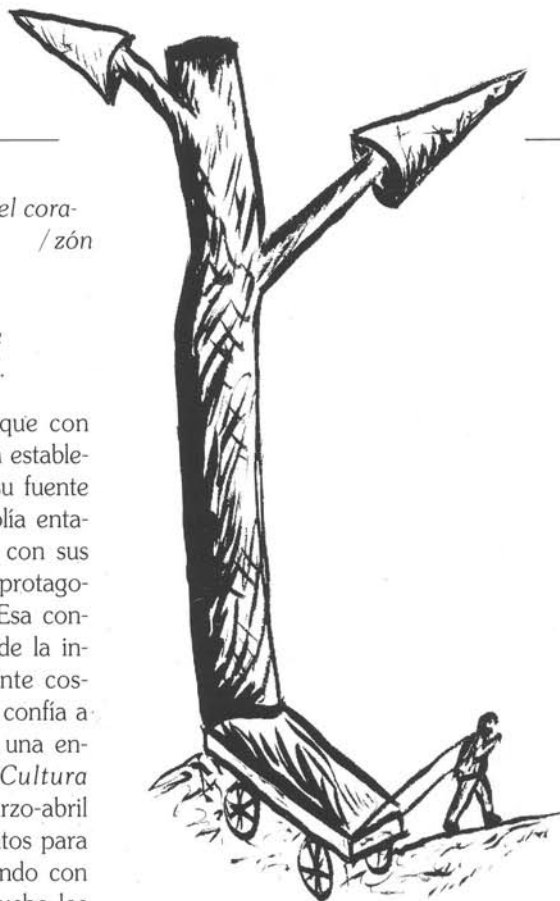
Tanto sus cuentos para niños como su poesía son una forma de cantar la belleza de la infancia y de la juventud y de compartir con ellos sus sueños y añoranzas. También su forma juguetona de entender la vida y su manera de defender los derechos de ellos, para que vivan en un mundo de justicia y paz donde haya igualdad para todos y no se repitan las guerras. Detrás de las palabras de Carmen Conde está siempre la madre y la maestra que procuran educar a los jóvenes con exuberancia, muy enamorada de la vida y, al mismo tiempo, guiarles por el camino espiritual por el que el alma y el cuerpo alcancen su plenitud; principales objetivos para una educación integral. En uno de sus poemas, incluido en *En un mundo de fugitivos*, clama la urgencia de su mensaje:

“¡Hola muchachos! Os pido silencio  
y respeto.  
Quiero comunicaros  
cosas que van a pudrirseme

si yo no las digo. Me pesan en el cora-  
/zón  
y en la conciencia; son duras  
y son tiernas a la vez... Cosas  
del tiempo que va deslizándose  
entre mi juventud y la vuestra”.

Este punto de contacto, que con toda vehemencia Carmen anhela establecer con la juventud, encuentra su fuente en su propia infancia cuando solía entablar diálogos consigo misma y, con sus compañeros de juego se hacía protagonista de aventuras imaginarias. Esa convivencia con el mundo mágico de la infancia llegará a ser una constante costumbre a lo largo de su vida. Le confía a la co-autora de este artículo en una entrevista publicada en *AZB de Cultura Internacional*, Guadalajara (marzo-abril de 1996): “Cuando escribo cuentos para niños estoy, en definitiva, hablando con la niña que yo fui. Me gustan mucho los cuentos para niños. Claro que, alguna vez, he pensado que no son para niños, que son para adultos. Pero puedo buscar al niño en el adulto, y no está mal”, Al lado de Carmen, la mujer adulta, siempre estaba la niña Carmen. Con razón afirmó en esa misma entrevista: “Creo que no solamente hace falta esa memoria de la infancia para ser poeta, sino en la vida de todos los seres. Si no queda subyacente la memoria y la vivencia de la infancia, aunque sea en el recuerdo, la persona no está hecha. Porque en la infancia somos un proyecto de un futuro que realizamos, esto es indiscutible. La infancia informa todo el provenir de la persona”.

Carmen Conde nació en Cartagena, lugar donde transcurrieron los primeros siete años de su vida; en Melilla, al trasladarse allí sus padres, vivió hasta la edad de trece años. Estas dos ciudades del Mediterráneo dejaron una huella muy marcada en ella: “Mi primera infancia fue en Cartagena, mi segunda en Melilla, Marruecos. Las dos me han sido muy útiles. Son como dos niñas que yo llevo conmigo”, explica Carmen Conde en esa misma entrevista. También insiste, durante esa conversación llevada a cabo con ella en la última etapa de su vida, en el impacto del mar sobre su vida, presencia vivificante que la acompaña desde sus primeros pasos por el mundo: “Es que nací y me crié allí. El mar es el origen.



Sin el mar no habría nada. El mar representa para mí la vida eterna. Los mediterráneos estamos marcados, vemos el mar por encima de todo siempre. Cuando no hay mar se sueña con él”. Lo que explica por qué escogió como seudónimo, al empezar a escribir y en los años en que su nombre estaba proscrito, el de Florentina del Mar (Florentina, una santa, natural de su Cartagena natal y poetisa como ella, y del Mar, su medio más querido y natural), del que se consideraba deudora: “Aquella plenitud del mar, por donde entré en la poesía...”.

Producto de sus años melillenses es su libro *Empezando la vida, memorias de una infancia en Melilla* (1914-1920), que ha conocido una última edición en Melilla (1991) debida a Encarna León; libro en el que nos cuenta su pasión por leer, afición que, desde pequeña, la llevaba a visitar la librería (hoy dividida) de “Bois Hermanos”, para deleitarse con los cuentos de Perrault, Grimm y Andersen. También la llevaba al final de la calle donde vivía, con la Biblia de bajo del brazo –La Biblia fue siempre su libro de cabecera–, a sentarse en un precioso cementerio para leer el Santo Libro. De su avidez por la lectura nace su vocación por la escritura; pero esa vocación se debe, además, a ese juego constante de la imaginación, ese inventar aventuras y he-

chos en que se deleita la pequeña (En el primer tomo de su libro de memorias, *Por el camino, viendo las orillas*, exclama: "Mi imaginación fue la única riqueza que tuve, y ella me condujo por la tierra con ligereza suma"). Esa infancia convivida entre niños y niñas de razas, religiones y tradiciones culturales distintas, en un ambiente armonioso, que hoy llamaríamos ámbito intercultural, le brindó otra forma de riqueza, la de un vivir libre de prejuicios. Los nombres que suenan exóticos en su libro *Júbilos*, escrito en prosa poética, comparable en belleza con *Platero y yo* del poeta que consideraba su maestro, son referencias directas a aquellos niños moros y hebreos con los que solía jugar en esa infancia dorada: Jáviva, Esther, Sara, Alegría, María, Salomón, Jacobo.



A los catorce años, ya en Cartagena de nuevo, soñaba con escribir; de hecho ya empezaba a hacerlo. Así lo cuenta en esa misma entrevista: "Recuerdo que yo me acostaba y miraba al techo, muy blanco, y pensaba: "si todo lo que pienso, por mirar al techo, se escribiera ahí, qué bien me saldría? En definitiva, cuando se pone uno a escribir, lo que está haciendo es traducir en palabras escritas todos los pensamientos que llevaba uno por dentro".

Su dedicación e interés por los niños se acrecientan cuando cursa los estudios de magisterio en Albacete y, más tarde, cuando ejerce como maestra en la escuela rural de El Roncal, donde su abuelo había luchado con las tropas cantonales, y se pone en contacto directo con sus alumnos. ¡Con qué esmero preparaba Carmen Conde sus clases! ¡Cómo quedó reflejada esta preparación en sus cuadernos de preparación de elecciones! ¡Qué interés por cada uno de sus alumnos, por sus familias, por sus problemas!. Fue a partir de entonces cuando empezó a escribir para el público infantil y juvenil. Con razón, en 1987, cuando cumplía los ochenta años, le concedieron el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil por *Canciones de nana y desvelo*, que había publicado la desaparecida Editorial Miñón dentro de su prestigiosa colección "Las Campanas" que con tanto gusto dirigió Paz Altés. Con este libro, que dedicó con tanta gentileza a los hijos del coautor de este artículo, se le ha dado el reconocimiento merecido por su años de entrega a la juventud. La frescura de su lenguaje, la gracia de sus imágenes y el colorido de su tono, sin duda, han procurado despertar la pasión por la poesía en los lectores más jóvenes. Por *Canciones de nana y desvelo* deja correr sus sensaciones de luz mediterránea, de vitalidad y fantasía. Después de todo, su padre era joyero y tenía las manos "manchadas de oro", como solía comentarle su madre. De manos de Carmen, la hija, iban a brotar palabras, joyas también, como si fueran flores que tienen sus raíces ancladas en la tierra pero que miran hacia el cielo, como aves que alzan el vuelo. ¿No pidió una vez en una audiencia con el Papa que bendijera su mano derecha para purificar todo lo que saliera de ella?

Quería que su escritura, tanto en la poesía como en la prosa, fuese digna del prójimo. Toda obra, en frase de Carmen Conde, es un testamento, es el mejor legado de uno mismo hacia nuevas generaciones:

*"¿De qué isla, de qué árbol,  
de qué fuente,  
crece ese chorro de luceros  
que son los niños?"*

Ya en 1933, Gabriela Mistral, la poetisa chilena y hermana espiritual de Carmen Conde, había descubierto en ella esa capacidad innata de penetrar en el misterio de la infancia y su entrega incondicional a ese maravilloso mundo: "Carmen Conde ha destapado una fuente que teníamos cegada, ésta de los sueños de la infancia", afirma el futuro Premio Nóbel de Literatura en su prólogo a *Júbilos*, el segundo libro de la entonces joven escritora española. Comenta, además: "Carmen Conde está casada con un poeta, Antonio Oliver Belmás. Ambos han creado en la Cartagena levantina la Universidad Popular, y trabajan en ella con una doble pasión de maestros y poetas. este casamiento de la Pedagogía con la Poesía, que los profesionales suelen no aceptar ni tener por válido, yo sé que es de las mejorcitas alianzas y de las más serviciales".

Carmen Conde ingresó en la Real Academia Española en 1978, siendo la primera mujer que accedió a esta institución. Abrió el paso a otras mujeres: Elena Quiroga y ahora a Ana María Matute. La señora Matute ocupará el sillón K que fuera de Carmen Conde; ella también tiene esa inmensa capacidad de convivir con el mundo de la infancia y de descubrir sus secretos.